

JORDI SIERRA I FABRA



ELECTRONIC DANCE MUSIC

ULTRA FESTIVAL MIAMI

29-30-31

MARZO



GRAN
ANGULAR

DJ

JORDI SIERRA I FABRA





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: agosto de 2020

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Edición ejecutiva: Berta Márquez
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación de diseño: Lara Peces
Cubierta: Míreia Rey

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2020
www.sierraifabra.com

© Ediciones SM, 2020
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-823-2
Depósito legal: M-14011-2020
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Esta novela está dedicada a Tim Bergling,
que, como tantos otros, pagó su precio.*

ÍNDICE

Antes de aterrizar en Miami (de 12:25 a 13:10)	9
Miami (de 13:10 a 13:50)	19
Fontainebleau Hotel (de 14:20 a 16:45)	25
Fontainebleau Hotel (de 17:50 a 19:00)	39
Miami Beach (de 19:05 a 20:10)	55
Fontainebleau Hotel (de 20:10 a 20:55)	67
Cecconi's Restaurant (de 21:05 a 22:25)	83
Fontainebleau Hotel (de 22:40 a 00:05)	93
Ultra Festival, Virginia Key (de 00:35 a 01:05)	97
Ultra Festival, Virginia Key (01:05)	107

ANTES DE ATERRIZAR EN MIAMI
(de 12:25 a 13:10)

Cierro los ojos.

Abro los ojos.

El mismo cielo azul, las mismas nubes, la misma tierra miles de pies por debajo de mí.

¿Cuántas veces he visto ese cielo y esas nubes?

¿Cuántos viajes?

Me levanto de mi comfortable butaca. El *jet* privado es cómodo, la comida es buena, la azafata me sonrío, el vuelo es plácido.

¿Adónde voy?

–¿Adónde vamos? –pregunto.

Petro me mira divertido. Cree que estoy de guasa.

–A Disneylandia –dice.

–En serio.

Arquea una ceja. Me toma en serio.

–A Miami.

Miami. El Ultra. Claro.

–¿Cuánto llevas sin dormir? –pregunta Howie.

–No lo sé. Pasadme el ordenador.

Me lo dan y vuelvo a sentarme. Mi ordenador. Mi vida. Mi cerebro. Mi herramienta de trabajo. Todo está ahí. Sí, en el escenario hay una parafernalia de aparatos, pero mi ordenador es el corazón de todo.

Tocarlo me da seguridad.

Abrirlo me sumerge en otra dimensión.

Aunque ahora todo esté borroso.

¿Me he despertado?

Sí, claro.

¿Me he vestido?

Voy vestido.

¿Me han llevado al aeropuerto?

Probablemente.

La pregunta es: ¿cuándo ha vuelto a reconectarse mi cabeza?

Cierro los ojos.

Abro los ojos.

El mismo cielo azul, las mismas nubes, la misma tierra miles de pies por debajo de mí.

—Necesito un zumo.

¿Cuánto llevo trabajando en esa maldita canción?

Mi primer álbum lo terminé en tres meses. Con este llevo dos años.

¿Por qué?

Se me ocurren mil explicaciones, y ninguna me gusta.

La azafata es alta, tiene tipazo. Va acorde con el *jet*. Puro lujo. Tiene el cabello negro azabache, recogido en un moño, los ojos grises, las piernas largas. Su uniforme es un guante. Cuando sonrío, enseña sus perfectos dientes, le brillan los labios. La piel es de seda. Las manos, cuidadas. Me gustaría verle los pies. Sí, lo sé, fetichismo, pero me gustaría.

El piloto también es alto, cuadrado. La cabina es suya, la domina. Tiene empaque. Bajo la gorra luce un hermoso cabello rubio; los ojos, gemelos de los de la azafata. El uniforme lo convierte en un general sin medallas, camisa blanca, corbata azul. Parece recién salido de la ducha, recién afeitado, recién todo. Tiene las manos fuertes, las uñas cuidadas.

Hace años le habría guiñado el ojo a la azafata.

Ahora se lo guiñaría al piloto.

Bueno, ya no sé.

Los deseos cambian.

Las cosas cambian.

La vida cambia.

Me pongo los auriculares y me aísló.

Estoy estancado. La canción no avanza. Pruebo un sonido. Pruebo otro. La cabeza me estalla. Las notas repican en mi cerebro, van de un lado a otro, saltan y me aturden. ¿Me tomo un percofet? No, no. ¿Cualquier ansiolítico? No, no.

Todavía no.

Bebo mi zumo.

No fumo. No tomo alcohol. Lo único que me machaca son las mierdas para el dolor de cabeza y la depresión. Siento las miradas del resto fijadas en mí. Todos pendientes. Mi séquito. Mi familia. Mi querida corte.

El *jet* da un bandazo.

No pasa nada.

En la Martinica sí estuvo a punto de suceder. Un motor menos, perdiendo aceite y gasolina... La pista la flanqueaban decenas de coches con sus luces. Era de noche. Pero no pasó nada. Aterrizamos con normalidad, bajamos por la escalerita y rociaron el avión con una especie de espuma blanca.

Pudimos haber saltado por los aires, eso sí.

¡Bum!

Pasamos un día inesperado en la maldita Martinica.

Los franceses no sabían quién era yo.

Cierro los ojos.

Abro los ojos.

El mismo cielo azul, las mismas nubes, la misma tierra miles de pies por debajo de mí.

¿Tan lejos está Miami?

Bueno, ¿lejos de dónde?

—¿Dónde pinché anoche?

Esta vez no me preguntan si hablo en serio.

Nadie me hace preguntas si captan que hablo en serio.

Si hago una, es por algo.

—En Nueva Orleans.

Luisiana.

Estados Unidos.

Sí, claro. El *tour* americano. La gira del año. Y esta noche, en el Ultra, la sesión final. Por todo lo alto. Nueva Orleans estuvo bien. Baton Rouge estuvo bien. Houston estuvo bien. San Antonio estuvo bien. Tucson estuvo bien. San Diego estuvo bien. San Francisco estuvo bien. Los Ángeles estuvo bien.

Bien.

Bien.

Bien.

Desde lo alto del escenario, lo único que veo son caras y cuerpos. Caras y cuerpos bañados por las luces de colores que cambian a toda velocidad en medio de las explosiones y los fuegos artificiales. Hay pancartas. Siempre hay pancartas. «*Oniix, I love you*», «*Oniix The King*», «*Oniix forever*».

Forever.

¿Cuánto dura un «para siempre» en el mundo de la música?

Las caras y los cuerpos son siempre los mismos. Es como si llevaran al público de una sesión a otra. Hay gente de todo tipo. Mi música les da placer. Es extraño. Placer. Disparo su adrenalina.

¡Zum!

Mientras yo consumo la mía.

El maldito dolor de cabeza...

Mejor atajarlo antes de que se instale de lleno.

—Dame un percocet.

Nadie me dice: «¿ya?», «¿otro?», «mejor duerme un poco».

No.

Me lo da Dean.

Para algo es el *road manager*. La gira está siempre en sus manos.

Percocet y zumo de naranja.

Percocet, percodan... Todo lleva oxicodona. Calma el dolor.

Pero todavía no han inventado medicinas para el dolor del alma.

Dicen que sí, pero no.

Yo lo sabría.

Mierda, ¿de dónde viene el dolor?

Me levanto. He de moverme. Dejo el ordenador en mi butaca y camino hasta la cabina. Frente a ellos, piloto y copiloto, al otro lado de la ventanilla solo hay nubes. Me asombra que sin ver nada más sepan hacia dónde van. Siempre me llama la atención la infinidad de aparatos, relojes o medidores a los que tienen que estar atentos. Ser piloto es increíble.

—Llegaremos puntuales —me dice.

—Bien.

—La predicción del tiempo es buena.

—Perfecto.

—Aunque es posible que por la noche haya alguna pequeña tormenta.

A la hora de la sesión.

No me gusta pinchar con lluvia. Yo no me mojo, la gente sí. Y, aunque no parece que les importe, y menos en un lugar cálido, la sensación desde lo alto del escenario es aterradora. Cabellos mojados pegados a la cara, camisetas empapadas. Es como si el público estuviera en una inmensa piscina y yo fuera...

¿Qué? ¿El salvavidas?

Observo la cabina del piloto.

Yo manejo teclados, canales, combinaciones sónicas, *samplers*, cintas programadas... El piloto maneja datos, temperatura, condiciones de vuelo, estado del avión... En los aeropuertos hay torres de control con controladores que nos siguen y nos guían.

«Suba a cinco mil pies».

«Tome la ruta de aproximación A9».

«Pista 2 despejada».

¿Cuántos vuelos he cogido en mi vida?

La azafata es como un helado de vainilla esperando a derretirse o ser devorado.

Lleva una plaquita en la que pone «Eileen».

Se pronuncia «Ailin», y suena bien.

–Esta noche me quedo en Miami –me dice.

–Bien.

–Iré al concierto.

–Los conciertos son para los rockeros. Nosotros preferimos llamarlo sesiones.

–¿Nosotros?

–Los que pinchamos, los DJ.

–Entonces iré a la sesión de esta noche.

–¿Entre el público?

–Sí.

–Habla con Dean –señalo a mi *road manager*.

–¿Para estar en el *backstage*?

–Más o menos.

–Quiero ver el espectáculo de cara, no entre bastidores.

–Lo verás de cara, pero mejor.

–Bien.

Le brillan los ojos. No se me insinúa, es profesional, sabe estar en su lugar. Pero le brillan los ojos. Una azafata no trabaja en un

jet privado si no tiene empaque y sabe dar la talla. El noventa por ciento de las personas que viajan en *jets* privados es gente rica. Debe de tener la piel curtida. Claro que yo no soy como esa gente. Rico sí. Solo eso.

«Ailin».

–¿De dónde eres? –le pregunto.

–Liverpool.

–¡Vaya!

–¿No le gusta Liverpool?

–Bueno, es por Los Beatles y todo eso.

Me mira con sus grandes ojos.

–Fueron los años sesenta del siglo pasado –le aclaro.

Mi tono es: «la prehistoria».

–¿No los considera patrimonio universal?

–No me llames de usted, por favor.

–¿No los consideras patrimonio universal?

–Claro. Ellos lo cambiaron todo –reconozco.

No va a discutir con un cliente. Eileen es de Liverpool y fan de Los Beatles, aunque va a venir a escuchar mi música. De noche no llevará uniforme. Trato de imaginármela sin él.

Me pregunto si lee los periódicos, o lo que sale en internet, y si sabe más cosas de mí.

Soy discreto.

Los DJ no tenemos imagen.

Al menos, no como las estrellas del rock.

Nunca se ha escrito de mi ex, Nadina.

Nunca se ha escrito de mi ex, Frederick.

Hay un extraño silencio. No entre nosotros, que estamos de pie al lado de la cabina. El silencio viene de atrás, de mi grupo de gente, de mi séquito. El ronroneo del *jet* es monótono. La pastilla puede que ya haga efecto. Me noto liviano.

Estoy arriba.

Hace un par de minutos estaba abajo y ahora estoy arriba.

Maldito tobogán emocional.

–¿Es verdad que este es tu con... tu sesión 899?

–¿Dónde lo has leído?

–En alguna parte. No sé. En internet, supongo.

–¿Curioseas sobre los clientes para los que vas a trabajar?

–No exactamente. Pero es bueno saber quiénes son y tratar de atender sus gustos.

Muy profesional.

–Entonces imagino que sí. Hay gente que sabe más de mi vida que yo mismo.

–Son muchas sesiones.

–Sí.

–Me parece asombroso, y en diez años, desde que empezaste con diecisiete.

–Bueno, las sesiones profesionales empezaron a partir de los dieciocho o diecinueve. Pero sí, son muchas. Si contamos ocho años, es una cada tres días.

–Debes de ser muy fuerte para resistir todo esto.

–No, no lo soy.

Tiene más preguntas, pero no las hace. Puedo leerlas en sus ojos. Son las de siempre: «¿cómo gestionas el éxito?», «¿cómo manejas la fama?», «¿cómo lo resistes?».

Las respuestas también son las mismas.

El éxito no se gestiona, te mata.

La fama no se maneja, te absorbe.

Nadie lo resiste. Se paga un precio, y cada vez es más alto.

–Iniciamos maniobra de aterrizaje –dice el piloto por el altavoz–. Por favor, regresen a sus asientos y abróchense el cinturón de seguridad.

En un *jet* privado no te dicen que pongas el asiento en posición vertical ni que cierres tu mesita plegable.

El año pasado también estuve en el Ultra.

Y los anteriores.

Una pasada.

Recuerdo que me juré no volver. Recuerdo que me dije que era el último. Recuerdo que ya estaba mal.

El maldito super-mega-festival de música electrónica.

Pero aquí estoy.

Aunque esta vez es distinto.

«No pienses, bloquéalo», me dice una voz interior.

Todavía faltan horas para la noche.

Las nubes se van deshaciendo a medida que descendemos, hasta que desaparecen del todo. Un par de bandazos al atravesar los distintos niveles atmosféricos y luego la calma. Casi ni oigo el motor. El *jet* parece planear. Ya veo la tierra. Ya veo Miami al fondo. Buen clima, octogenarios ricos viviendo sus últimos años lejos del fragor de Nueva York, el frío de Chicago o la locura californiana. Miami es una ciudad única. La odio, no me gusta. Pero es única. Por un lado, pienso en los ultraderechistas cubanos. Por otro, recuerdo el episodio con el candidato demócrata Al Gore, cuando le robaron en Florida las elecciones y el mundo tuvo que aguantar durante ocho años al republicano y belicoso Bush hijo, antesala del increíble Donald Trump. Solo por eso, por decenas de papeletas mal definidas y por todos los que votaron a los republicanos, Miami-Dade merecería hundirse en el mar.

¿Cuándo me he vuelto así?

¿Qué me ha pasado?

Pero es que me marcó. Yo era un crío, y el mundo en el que me tocó crecer por culpa de eso fue el de Bush *junior* y Dick Cheney, el 11-S, las mentiras de las armas de destrucción masiva, las guerras de Irak y Afganistán, y así todo lo demás, encadenado, hasta la crisis de 2008 y la siguiente década de miedo y miseria, tanto material como moral.

El mundo de la mentira.

Por eso me refugié en la música.

No tenía nada más.

Me bastaba encerrarme en mi habitación y trastear con mis programas de ordenador. Para eso no hace falta estudiar música, solo tener cabeza.

Ingenio.

Dios..., la música es vida.

Aunque a mí me esté matando, es vida.

Nos acercamos a la pista de aterrizaje.

Solo faltan unos segundos para regresar a la locura. Poner un pie en tierra es volver a las prisas, las preguntas, las dudas, el miedo, la gente, los preparativos de la gran noche, la tensión...

899.

Joder...

Miro a Petro, a Marc, a Dean, a Howie, a la azafata.

Hemos compartido el cielo por un rato.

Ahora volveremos a la rutina, a ser animales terrestres.

El suelo se acerca muy rápido. ¿O es el avión? Da lo mismo. La pista aparece a ambos lados de las ventanillas. Cuento hacia atrás. Tres, dos, uno... Contacto.

Ahora sí, los motores rugen.

El *jet* parece ganar velocidad y proyectarse hacia delante, pero no, no es más que el último aliento de sus motores. Poco a poco va frenando, frenando, frenando, hasta que gira a la izquierda y se dirige a la zona asignada para que se detenga.

Veo mi limusina ya a punto.

¿Por qué demonios ha de ser blanca?